

fué con ellas arrastrada en las mismas ruinas? Y cuando permaneció sola y aislada, ¿por quién ha sido sostenida para que no se desplomase por falta de arrimo? En uno y otro estado, terribles terremotos la han sacudido; y furiosos vientos que han derribado mil fábricas más sólidas y en más favorables circunstancias, se han estrellado contra ella: ¿quién, pues, la mantiene en pie? Aun hay más. Una indiscreta y poco ilustrada devoción hizo fabricar en 1766 una pared de mampostería á su espalda para asegurarla: ¿y este mismo estribo no debió ser, por su peso, el que debería haberla desquiciado y hecho polvo más aprisa? ¡Ah! Reflexiónese sin pasión, y dígame con ingenuidad, si á vista de tantos portentos será temerario exclamar como Faraon á los de la misteriosa vara de Moisés: *¡Este es el dedo de Dios!*

Mayores maravillas y más singulares ofrece todavía á nuestra admiración la pintura. La de los ángeles y santos, y aun las mismas ropas de la sagrada imagen, consta en el expediente formado en 1777, haberse retocado varias veces, por estar borradas como hoy lo están; pero de las mismas actuaciones aparece, que nunca lo fueron, ni después lo han sido jamás el rostro y las manos que en todas épocas y circunstancias se presentaron tan frescas y brillantes, cual si acabasen de salir de mano del pintor. ¿Cómo se explicará satisfactoriamente este fenómeno? ¿Nos opondrá la incredulidad, que se tuvo especial cuidado de esas esenciales partes? ¿Se dirá que en razón de su importancia se resguardaron con mayor empeño? Pero á más de lo infundado de tal objeción que la historia desmiente, existe un hecho que enteramente la desvanece. En 1745, para destruir completamente la imagen, y terminar de un golpe los abusos de las romerías de que ya hemos hablado, se clavaron sobre ella, afianzándolas con tablas clavadas en la misma pared, esteras gruesas mojadas, que estuvieron rozando bruscamente la pintura, no uno ni dos días, no tres ó cuatro semanas, sino en el más escogido lienzo, fuerte lámina, habría sido capaz de resistir á tan ruda experiencia? ¿Quién se atrevería á ensayarla en cualquiera, seguro del mismo resultado? Si esto no es obra de Dios, no alcanzamos qué otro título darle.

Por lo que á nuestra pequeñez toca, así lo juzgamos, aunque sin salir de la esfera de juicio humano y con entera sujeción á lo que en la materia decida la cátedra de la verdad: con tanta más razón, cuanto que no siendo jamás las obras de Dios imperfectas, estamos palpando el complemento de ésta, haciendo servir en ella la omnipotencia, para que brille más, la industria moderna y la piedad antigua. Acerquémonos á la imagen, y descubriremos desde luego un portento del arte, del que ni aun los mismos ojos pueden formarse una exacta idea. El rostro y las manos es todo lo que existe de la primera pintura, y sin embargo, á la vista se presenta una muy regular y proporcionada escultura con cuantos adornos es capaz. Una corona imperial ciñe sus sienes, y rayos de plata la circundan de alto á bajo; de la oreja izquierda, única que descubre, pende un rico arete: en el cuello reluce un costoso aderezo; en el pecho un precioso bariel, y lucientes sortijas resplandecen en los dedos. El vestido de tela, marca no solo los brazos, sino los naturales y distintivos pliegues, y la cintura ceñida por medio de un cingulo á quien sirve de broche una pulida joya, señala exactamente las formas. Gravita sobre el pie derecho, pisando tres serafines de talla y una media luna; descansando toda la efigie, airoamente colocada la orla de la ropa, en una peana magnífica de plata; y todo, todo sin excepción, está separado de la pared, y ni uno sólo de los adornos que causan tanta devota ilusión, se encuentran fijados en el lugar en que los descubren las más curiosas miradas. Sólo el

cielo parece haber inspirado en esta obra al célebre sastre D. José Haro que la ideó, y que si tan justamente por las infatigables tareas, empleadas por él en promover los cultos de la Señora, á fines del siglo pasado, es acreedor á que se eternice su nombre, no menos eterna remembranza merece por el realce que dió con su ingenio artístico al dulce objeto de su corazón.

Pero sin defraudar el mérito, sacrificios y piedad de este insigne devoto, ¿quién podrá nombrar siquiera á Nuestra Señora de los Angeles, sin que al momento deje de presentarse á su memoria la del respetable y piadoso sacerdote, que por más de seis lustros la sirvió de capellán, y fué el más ardiente promovedor de los cultos de María en esa dulce advocación? Sí: de la misma manera que sobre el monte Esquilino, á la vista de aquel célebre santuario que delinearon milagrosamente nieves caídas del cielo, en la fuerza del estío, el 5 de Agosto de 365, no puede olvidarse al patricio Juan, que desde su vida constituyera legataria de sus grandes riquezas á la augusta Madre de Dios; así en el barrio de *Coatlán* á la del templo que custodia la prodigiosa pared en que se han obrado tantas maravillas, la primera y preferente idea que se viene á la mente, es la del Sr. Dr. D. José María de Santiago, que con la misma generosidad empleara en su culto, en su adorno, en su engrandecimiento y conservación, su rico patrimonio, sus muchas relaciones y su mismo individuo, sin omitir sacrificio alguno por elevarlo al rango de los más venerados y concurridos de nuestra capital. Y si aquella famosa basilica, por el portento á que debe su origen, por las maravillas obradas en su recinto, y la liberalidad con que los Sumos Pontífices la han colmado de tantos dones espirituales, se ha adquirido el título de *Santa María la Mayor*; por la devota concurrencia de los fieles romanos, el antonomástico *del Pópulo*; y por el indeleble recuerdo del que la elevó á su costa, la iglesia del noble patricio Juan; en la debida proporción puede denominarse la de Nuestra Señora de los Angeles, entre todas las que encierra México en su circuito, Santa María la Mayor, el templo del pueblo mexicano y del Sr. Santiago.

¿Y quién tildará de ligera esta comparación, al considerar lo que descuella ese santuario entre los de la capital [pues no hablamos del de Guadalupe], todo, todo por ese venerable y piadoso sacerdote? Extingúese por la vigésima vez la memoria de los portentos obrados en aquel lugar: la helada tibieza volvía á sustituir de nuevo á la ferviente devoción: comenzaban los fieles á volver las espaldas á un sitio do habían hallado tantas misericordias, cuando comenzó á ser oída por esos contornos la voz del Dr. Santiago, varón lleno de celo por la salvación de las almas, y cuyo corazón ardía en amor á María. A sus elocuentes reclamos, generosa prodigalidad y edificantes ejemplos, tomó creces el culto debido á la Madre de Dios: el pueblo acudió nuevamente á postarse ante sus aras, y á tributarle homenajes, y el templo adquirió nuevo lustre. El papa Pío VI lo agregó al de San Juan de Letrán; su sucesor Pío VII erigió allí una piadosa congregación; Gregorio XVI concedió oficio propio de esa dulce advocación; y Pío IX el jubileo de Porciúncula; y salvo esta última gracia, todo fué debido á ese respetable ministro del altar, cuyas cenizas descansan tras del admirable muro, desde el año de 1845, en que su grande alma voló á la mansión eterna, el 20 de Abril. Y qué, ¿reconocen por ventura otra mano creadora las alhajas de la imagen, los adornos de la iglesia, los ornamentos sacerdotales, los ricos vasos sagrados, las custodias y todos los valiosos objetos que la distinguen? ¿Son fruto de otra riqueza la dotación de capellanes, el magnífico panteón para los difuntos, esa casa de ejercicios que ha comenzado á edificarse allí para instruir á las mujeres pobres en las verdades eternas, las fiestas que se celebran y que hacen tan concurrido y venerado ese santuario?

Pero la religión jamás pone mano á obra alguna, sin que de ella no resulten incalculables bienes á la sociedad. Los progresos de este santuario no menos han influido en los del culto divino que en los del aumento y belleza de la capital; y al dar una ojeada el día de hoy al barrio de *Coatlán*, se nos viene al momento á la memoria la fundación de la mayor parte de los pueblos cristianos, especialmente en nuestra América. Bajo la sombra augusta de la casa de Dios, y por los cuidados de su fiel ministro, mil habitaciones han disminuido los enormes tamaños de la plaza que antes la circundaba; la agua que salta en una fuente, conducida allí á costa de grandes fatigas y gastos, ha dado vida á la naturaleza, hasta ahora como muerta en ese lugar árido, y anima la vegetación de aquel, por siglos enteros desierto. Quien lo vió hace treinta años, imposible es que hoy lo conozca, y más imposible que no deje de bendecir la memoria del autor de tantos bienes, el ilustre eclesiástico que ha renovado en esta época de desconfianza é incredulidad, las maravillas del celo apostólico y desinteresado de los primeros misioneros de nuestro país.

¡Oh Providencia admirable! ¿Quién será capaz de sondear los profundos abismos de vuestro poder y de vuestra sabiduría? La incredulidad, el error y estúpido indiferentismo, se reúnen á declararos la guerra en el siglo XIX, pretendiendo sustituir á vuestro debido culto la soberbia del entendimiento, el extravío de la razón y el placer de los sentidos. Pero vos confundís esas inteligencias orgullosas, presentándoles esa pared de lodo y esa frágil pintura, devota herencia de nuestros mayores, sostenida por vuestro potente brazo por cerca de tres centurias de años, contra todas las causas naturales de aniquilamiento y destrucción. Humilláis también esos corrompidos corazones, poniéndoles delante ese augusto santuario, recuerdo vivo de la piedad con que á vuestro honor se sacrificaban antes los talentos, la industria y las riquezas, y tipo fiel de la antigua formación de la sociedad católica en nuestra América, bajo los auspicios de la religión y sus ministros. Así es como, ¡oh Dios grande! con una no interrumpida cadena de portentos, habéis enlazado todos los tiempos, reunido todas las épocas, y combinado las circunstancias todas, dando á conocer al universo que siempre sois el Fuerte y Poderoso, siempre el dueño de los corazones, siempre el Señor á quien nada resiste, el *Alfa* y *Omega*, principio y fin de todas las cosas.—J. M. D.

Angeles. Rancho de la municipalidad de Matehuala, partido de Catorce, Estado de San Luis Potosí.

Angelito. Rancho de la municipalidad de Palmillas, 4.º Distrito ó sea de Tula, Estado de Tlaxcala. Se halla situado al N. de su cabecera municipal.

Angelito (Río del). Estado de Oaxaca, Distrito de Nochistlán; nace en terrenos del pueblo de Jaltepec de donde dista dos cuadras. Su curso es de N. á S., y desemboca en el Intanduchi.

Angostura. Congregación de la municipalidad del Rosario, Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Angostura. Hacienda de la municipalidad y partido de San Miguel Allende, Estado de Guanajuato, con 83 habitantes.

Angostura. Hacienda del partido y municipalidad de Yuriria, Estado de Guanajuato, con 125 habitantes.

Angostura. Hacienda del municipio de Pastora, partido de Río Verde, Estado de San Luis Potosí; á 23 leguas al E. de la capital del Estado.

Angostura (LA). Hacienda de la municipalidad de Montemorelos, Estado de Nuevo León.

Angostura (BATALLA DE LA). Cuando el ejército de Taylor se preparaba á marchar sobre Monterrey, cuando llegaron á México las noticias del amago de esta plaza, y que se presentaba el nuevo baldón que iba á caer sobre nuestras armas, el aspecto de los negocios in-

teriores había cambiado completamente. Derribada la administración de Paredes, la dirección de la guerra iba á pasar á otras manos; y esto, que para unos era una fatalidad, hacía entrever á otros días menos aciagos.

La revolución de Agosto había arrancado de su destierro al general Santa-Anna; se le había visto entrar triunfante en la voluble capital que en 44 le cerró sus puertas como al hombre más execrado; y cuando todos se aguardaban que no hiciese otra cosa que apoderarse del mando para saborear sus dulzuras, se le vió dar una prueba de desprendimiento ó de destreza que nadie esperaba, que muchos temían y que algunos deseaban. Santa-Anna conoció su posición, y juzgando depositado el poder en personas fáciles de dejarse manejar, no vaciló en seguir representando el papel de desinterés y patriotismo con que apareció en Veracruz, y con que pensaba hacer olvidar sus antiguas inconsecuencias y errores. Retirado en Tacubaya, afectaba no querer mezclarse en las cosas de gobierno, y sólo ocuparse en el arreglo de la expedición con que se proponía marchar al Norte.

Esta expedición debía organizarse con las fuerzas que Paredes había detenido en la capital para apoyo de su administración, y que sólo sirvieron para derrocarlo en el pronunciamiento de la ciudadela; mas la falta de recursos creaba obstáculos difíciles de vencerse, haciendo que permaneciesen en México los diferentes cuerpos que componían su guarnición, no obstante las órdenes anticipadas de marcha que se les había dado. La verdad exige que revelemos las causas que dieron origen á la escasez que en esos días sufría el erario, tanto más, cuanto que el público cree todavía, y con razón, que había los recursos suficientes. Durante los últimos meses de la administración de Paredes, y á consecuencia de los reveses sufridos por nuestras tropas al otro lado del Bravo, se trató de organizar la misma expedición en que después pensó Santa-Anna; y como para realizarla se necesitaban recursos pecuniarios de que se carecía, se celebró con el clero un contrato de un millón de pesos, que proporcionaba recursos más que suficientes para la división que debía marchar de México. El estado de la política anterior, y el temor, sobre todo, de abandonar su presa, detuvo á Paredes en esta ciudad, cuando el congreso que lo había elegido presidente interino en Junio, le había dado ya su licencia para que marchase de México con las fuerzas que lo guarnecían, á ponerse á la cabeza de las tropas del Norte. Este retardo hizo que comenzasen á consumirse, infructuosamente hasta cierto punto, los productos del préstamo del clero, los cuales se menoscabaron en gran parte, cuando obligado por la fuerza tuvo Paredes que salir del gobierno á fines de Julio para hacer uso de la licencia del congreso. Entonces se dieron pagas de marcha á todos los cuerpos y á todos los oficiales y jefes, para que pocos días después volasen á la ciudadela á proclamar una nueva revolución, auxiliados con los recursos mismos que debieron servirles para marchar á Monterrey, y con la esperanza del lucro de la nueva revuelta. La de la ciudadela vino por fin á consumir los productos del préstamo del clero; porque una vez triunfante, se echó mano del dinero destinado á la guerra nacional, para cubrir los gastos de la revolución. ¡Manejos infames, á los que se debe en gran parte el éxito desgraciado de nuestra contienda con el Norte!

Cantidades muy insignificantes quedaban de aquellos recursos, y á mediados de Setiembre había aún grandes obstáculos que vencer para procurarse dinero. En medio de tal conflicto, se recibió en México la noticia de la aproximación de los enemigos á Monterrey. Santa-Anna, á quien, según él mismo dió á entender, contrariaba en sus planes la resistencia que Ampudia se había decidido á oponer en una plaza que él no consideraba fuerte ni defendible, se manifestó en extremo irritado, aceleró sus preparativos de marcha, y en Se-

tiembre salió para San Luis la división, resto del ejército que había quedado en la capital, con sueldos y provisiones para ocho días solamente. ¡Tales fueron los obstáculos que se encontraron para procurarse dinero, y tan insignificante la cantidad que restaba de la suma agenciada y vergonzosamente dilapidada del millón del clero! Santa-Anna siguió á la división. Doce leguas se habría alejado de México, cuando se recibió la infausta noticia de la toma de Monterrey; é irritado más y más con un desastre que había previsto, aceleró su marcha, deseoso al parecer de castigar á los que no habían sabido aprovechar para la defensa el entusiasmo de la tropa, y el día 14 de Octubre entró con la división á San Luis. Allí lo encontraron ya las fuerzas capituladas de Monterrey, que llegaron del Saltillo á fines de Octubre, al mando todavía de Ampudia. La división que había salido de México se componía de 3,000 hombres, la que venía del Saltillo de 4,000; así es que á principios de Noviembre se encontraron reunidos en San Luis 7,000, que el nuevo general en jefe consideró como pie del ejército que pensaba organizar.

La primera providencia de Santa-Anna en San Luis fué la separación de Ampudia del mando de las fuerzas de Monterrey: dispuso que se le sujetase á juicio; mas Ampudia que había visto venir sobre sí una tempestad deshecha, creyó descargar su responsabilidad sobre los jefes subalternos, acusando de antemano, como culpables de los sucesos de Monterrey, á los coroneles D. Simeón Ramírez, D. Antonio Jáuregui, D. Nicolás Enciso, D. José María Carrasco, y tenientes coroneles D. Joaquín Castro, D. Luis Ramírez, D. Juan Fernández, y comandantes D. Mariano Huerta, D. José María Beña y D. Manuel Landeras, y á quienes se sujetó igualmente á un juicio para que depurasen su conducta.

Posteriormente se mandó sobreseer en las causas que habían empezado á instruirse, las que no llegaron á verse en consejo de guerra de oficiales generales, en razón de que, conformándose Santa-Anna con el parecer fiscal y el dictamen del auditor, decretó que no había mérito para la formación del proceso, y dispuso que se publicara en la orden general la vindicación de la mayor parte de los jefes acusados.

Creyóse en esos días que Taylor, en su movimiento al Saltillo, llevase las miras ulteriores de dirigirse á San Luis, y estos temores dieron lugar á que Santa-Anna pensase inmediatamente en la fortificación de esta ciudad. Se mandó al general Mora y Villamil, y los oficiales de ingenieros, que hiciesen los reconocimientos necesarios; verificados los cuales, se comenzaron los trabajos en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, situados al Norte de la ciudad. En la parte Sur, en el Santuario de Guadalupe, se comenzó la construcción de una ciudadela, obra que no llegó á concluirse, y que en su plan se consideraba como capaz de una defensa vigorosa. Todas estas obras se emprendieron con la mayor actividad: á los trabajos diarios concurrían gustosa y desinteresadamente los operarios de las haciendas vecinas, y los indígenas de todas aquellas aldeas. El entusiasmo entre ellos era grande. Cuando se pensó en las fortificaciones de Santiago y Tlaxcala, se vió que para que pudiesen emprenderse era preciso derribar las casas, los árboles frutales y destruir las hortalizas, única propiedad y haberse de sus miserables habitantes. Así se determinó; y cuando se aguardaba la resistencia natural del que va á ver desaparecer en momentos su única fortuna, se observó con sorpresa, que ellos mismos ayudaban á aniquilar su pobre patrimonio. ¡Qué contraste entre esta conducta y la de los opulentos moradores de las capitales, que, indiferentes y egoístas, han presenciado las desgracias nacionales! No fué menos digno de elogio el patriotismo de los habitantes de San Luis, que á costa de penosos sacrificios, llevaban posteriormente cuantos recursos en víveres y provisiones de todas cla-

ses podían proporcionar al ejército, conduciéndolos por las tardes en carros en medio de músicas alegres, y vivas, y aplausos entusiastas.

La actividad con que se habían empezado los trabajos degeneró luego en un grado increíble de lentitud; cesó casi del todo cuando se desvanecieron los temores de la marcha de Taylor sobre San Luis.

La atención se dirigió entonces exclusivamente al ejército. Siete mil hombres se hallaban reunidos en San Luis, siete mil hombres, cuya disciplina por los pasados reveses, necesitaba de nuevo vigor. Componíase una parte además, de gente forzada á tomar las armas por el fatal sistema de leva, con el que sólo se consigue que en el momento del peligro se desbande y deserte aquella, como ha sucedido varias veces en esta guerra, de soldados bisonños en quienes la primera necesidad era la instrucción, así como en el todo, el aumento para cubrir las bajas de los cuerpos y organizar otros nuevos que elevasen aquellas fuerzas al rango de un ejército capaz de emprender nuevos combates, olvidando los desastres pasados. Sólo un esfuerzo poderoso podría proveer á todas estas necesidades, y la imparcialidad nos obliga á confesar que Santa-Anna no anduvo flojo ni remiso, si bien no desplegó toda la energía que hubiera sido de desearse.

Por otra parte, sin la eficaz cooperación de los Estados nada podía hacerse, y el ejército se habría reducido á una fuerza cada día más corta, si el contingente de sangre no se hubiera cubierto en lo absoluto. Mas no todos los Estados correspondieron á las lisonjeras esperanzas que se abrigaban de que su empeño salvaría todos los inconvenientes, y la justicia exige que mencionemos aquellos á quienes se debió la formación del respetable ejército que combatió en la Angostura. Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Aguascalientes, el Distrito Federal y el mismo San Luis, fueron los únicos que durante los meses de Noviembre, Diciembre, y Enero, estuvieron proporcionando sus respectivos contingentes de sangre. A los demás, nada se les debió: á unos por la imposibilidad en que estaban de prestar auxilios por tener que rechazar la invasión en su mismo seno, y á otros por causas que se ignoran, pero que de ninguna manera pueden suponerse leales y patrióticas.

La desnudez del ejército y su falta de instrucción exigían que se le atendiese de preferencia, que el general en jefe se dedicase á ello exclusivamente; lo que nunca se consiguió del todo, pues la atención de Santa-Anna estaba dividida entre sus obligaciones en San Luis, y su ambición, que le hacía no perder de vista un momento la lucha de los partidos en la capital.

La revolución de Agosto había entronizado al partido *exaltado*, que después ha sido conocido con el nombre de *puro*, el que en su movimiento fué acaudillado por un hombre de ideas absolutamente opuestas á las suyas, á quien sólo las circunstancias pudieron obligar á mantener á su lado en el ejercicio del poder supremo á los corifeos de aquel. Por oposición, se conocía ya en esos días con el nombre de *moderado* el partido contrario. Era preciso que el general Salas, elevado á la altura del poder, y colocado ya en medio de los partidos, se decidiese por aquel que más halagaba sus ideas. Los *exaltados*, que así lo temieron desde un principio, se tranquilizaron no obstante juzgando á Salas del todo sujeto á la influencia de Santa-Anna, á quien creían enteramente convertido á sus principios, y no sin fundamento, pues que mantenía con ellos una activa correspondencia desde San Luis en el sentido más lisonjero para sus pretensiones. Con tal apoyo, quisieron orillar á Salas á medidas violentas; mas éste les dió entonces una prueba de su independencia, arrojándolos de su lado y declarándose abiertamente por los *moderados*. Los *puros* no se desconcertaron todavía por tal derrota, fiados aún en las promesas lisonjeras de Santa-Anna; mas ¡cuál fué

su sorpresa cuando á los pocos días del cambio del ministerio verificado en Octubre, llegó á México la aprobación de aquel á todo lo hecho por Salas! En su despecho, no hubo injuria ni denuedo que no prodigasen á aquellos jefes; y Santa-Anna tuvo que pasar por la publicación de su correspondencia secreta, cuyo hecho lo dejó bastante comprometido.

Sus partidarios habían temido que la variación de política en México no sólo tuviera por objeto la caída del partido *puro*, sino que fuera á la vez el anuncio de una guerra sorda contra el general en jefe del ejército de San Luis Potosí. Para ponerlo á cubierto de todo golpe imprevisto tomaron oportunamente sus medidas; las que dieron, entre otras, por resultado dos sucesos acaecidos en esa época. El primero fué un decreto publicado por el gobernador de San Luis, en que se prevenía; que en caso de que en la capital ocurriese algún trastorno, no se obedecerían más órdenes ni se reconocería otra autoridad que la de Santa-Anna. El pronunciamiento por la dictadura de este caudillo, verificado en Mazatlán á instigaciones del general D. Ventura Mora, fué el segundo de los acontecimientos á que aludimos.

A la vez de estar en contacto con el partido *puro*, Santa-Anna entró en relaciones con el *moderado* desde su llegada á México, como se verá en su lugar, y desde San Luis mantenía una correspondencia equívoca con los corifeos de ambos, con lo cual pensaba preparar el campo para los acontecimientos posteriores.

México era en esos días el foco de las exageraciones más peligrosas; y los *meetings* y el apoyo que el gabinete prestaba á las ideas que en ellos se vertían, la habían sumergido en los desastres más horribles, si la población hubiera permanecido entregada exclusivamente en manos del populacho á quien se confiaron las armas en Agosto. Mas el instinto de la conservación la salvó: en Setiembre se había publicado el reglamento de la Guardia Nacional, como una de las garantías de la revolución de la Ciudadela; y los *exaltados* que entonces gobernaban, pensaron darle una ejecución enteramente conforme á sus deseos, alejando de todo participio en ella á ciertas clases determinadas. Parte por el espíritu de oposición que en esos días se había desarrollado fuertemente, parte por el espíritu patriótico que al parecer comenzaba á crear la guerra con los Estados Unidos, y parte por el instinto de la propia conservación, como ya dijimos, las clases que se trataba de excluir de la Guardia Nacional se sintieron vivamente animadas á armarse; y á los esfuerzos de varios individuos y del presidente Salas mismo, que en esto se puso en abierta oposición con su ministerio, se debió la formación de los cuerpos de Victoria, Hidalgo, Independencia, Bravos, compuesto, el primero, de los jóvenes más acomodados, el segundo, de los empleados, y los dos últimos de los artesanos de la capital. Estos batallones salvaron en esos días á México de grandes horrores, y auxiliaron la causa de la guerra, dando la guarnición de la capital mientras los restos del ejército se concentraban en San Luis.

Tal era el estado de las cosas cuando en esta ciudad se comenzaba la reorganización del ejército. Los recursos pecuniarios, primera necesidad que el gobierno de la Unión debía llenar, fueron proporcionados, si no en abundancia, al menos los suficientes para que en los meses de Noviembre y Diciembre estuviese cubierto el presupuesto del ejército. Su escasez absoluta no comentó sino hasta Enero, mes en que Salas había sido sustituido ya por Farías en la presidencia.

A mediados de Noviembre llegaron á San Luis los coroneles Perdigón Garay, y Montenegro, con dos mil hombres de Guadalajara cumpuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional; y en Diciembre y Enero estuvieron entrando los reemplazos de los Estados que antes mencionamos. A fines de Noviem-

bre llegó el General Valencia con las tropas auxiliares de Guanajuato. Este general había salido de México en Setiembre, con el objeto de coleccionar y organizar estas fuerzas. A su llegada al Bajío, encontró á aquellos pueblos bien dispuestos á coadyuvar eficazmente á la defensa nacional, de cuya disposición supo aprovecharse, organizando las fuerzas que con el nombre de auxiliares de Guanajuato engrosaron el ejército de S. Luis.

No debemos omitir en este lugar la alabanza á que fueron tan acreedores esos esfuerzos, con los que formaba un escandaloso contraste la conducta poco digna de otras poblaciones. El general Valencia trabajó sin descanso por llevar al ejército de San Luis un refuerzo considerable; y el Estado de Guanajuato, dando entonces pruebas de un patriotismo poco común, no contento con proporcionar el contingente que le correspondía, formó de entre sus habitantes una sección de más de cinco mil hombres, cuyo número excedía al que legalmente se le hubiese podido exigir.

Santa-Anna, que conocía que la primera necesidad de aquel ejército era la instrucción, por componerse en su mayor parte de reclutas, ordenó que se arreglasen los ejercicios diarios; y S. Luis, en donde aun continuaban, aunque lentamente, los trabajos de fortificación, presentaba el aspecto de una plaza de guerra, en donde no se oía sino el marcial sonido de cajas y clarines, las voces de mando y el estruendo de armas y caballos. Los ejercicios se ordenaron por brigadas, y la emulación que se despertó contribuyó no poco á los rápidos progresos que se hicieron. Creó esto además una constante disposición, que influyó poderosamente en que la moral y disciplina del soldado no se relajasen, como hubiera sido muy fácil en el tiempo que el ejército permaneció en S. Luis, si la actividad del trabajo no hubiera cerrado absolutamente la entrada á los vicios de la ociosidad. Mas en medio de tanto empeño, se hacía sentir cada vez más una necesidad urgente, cual era la del armamento. Las pérdidas considerables de armas en las derrotas y dispersiones pasadas, habían disminuido de tal manera su número, que la mayor parte de los reemplazos que habían llegado se encontraba desarmada; y una necesidad tan urgente quedó sin cubrirse del todo, por la escasez de recursos del gobierno de la Unión, y la indiferencia y egoísmo con que gran parte de los Estados de la federación han presenciado esta lucha. Es cierto que se hicieron algunas remisiones de armas, pero estas nunca fueron las suficientes para cubrir aquella necesidad. El general en jefe tenía por consiguiente este sentimiento, y al mismo tiempo el de la imposibilidad en que se encontraba de proveer á ella, pues de los limitados haberes del ejército nada podía distraer para objeto tan importante.

Por otra parte, la desnudez en que los reemplazos y fuerzas auxiliares de los Estados se presentaban, dió origen á otra necesidad no menos imperiosa, cual fué la de su equipo; necesidad que urgía tanto más cubrir, cuanto que el rigor de la estación se hacía sentir ya con alguna fuerza, y que se consideraba que tal vez sería indispensable avanzar á puntos en que el invierno es todavía más crudo. Con este fin se mandó que se estableciesen talleres, y que con toda actividad se trabajase en los vestuarios y demás objetos necesarios al equipo del soldado.

Esta dedicación de Santa-Anna á la reorganización del ejército habría sido su página más gloriosa, si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de general en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía jun-

tas de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa-Anna tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolos en un brillante pié de lujo, cuando á muchos faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al general en jefe.

Las murmuraciones tomaron otro carácter más maligno, cuando se vió que el equipo del ejército costó más de lo debido; cuando en vez de introducir economías y arreglos, se estaban admitiendo en los Estados mayores multitud de oficiales sueltos, que no servían más que para emborazarlo todo, y para recargar el presupuesto con sueldos inútiles, que ascendían á una inmensa cantidad; y cuando, por último, se pusieron á la cabeza de algunas brigadas y cuerpos á jefes, acusados por la opinión pública de faltas graves en un militar.

Todo esto daba sobrada materia á las murmuraciones, las que no dejaron de llegar á oídos de Santa-Anna. Tal circunstancia dió sin duda origen al temor que inspiró la soledad, que con el nombre del *Cometa Rojo*, se estableció en San Luis casi desde la llegada del ejército. Se le quiso dar un carácter político; y tanto en San Luis como en México se habló mucho de ella, como de una asociación de conspiradores contra los principales jefes del ejército. Pronto se desvaneció esta creencia, y no se vió ya en los asociados del *Cometa Rojo* sino una reunión de oficiales alegres, que buscaban en la asociación mayor campo al placer.

Si en realidad no se había formado ningún plan, Santa-Anna afectaba, no obstante, obrar con arreglo á alguno determinado, como lo dió á entender á la llegada de Valencia á San Luis, manifestando lo indispensable que el creía reforzar la guarnición de Tula de Tamaulipas. En consecuencia, mandó á aquel jefe á este punto con los cuerpos de infantería Fijo de México y Batallón Republicano, y de caballería Fieles de Guanajuato, Auxiliares de Pénjamo, y escuadrones de Jalisco y San Luis. La permanencia de Valencia en este punto dió luego origen á sucesos desagradables, de que se hablará en su lugar.

Entretanto, cambiaba en México otra vez la dirección de la política. El nuevo congreso constituyente había abierto sus sesiones el 6 de Diciembre, y uno de sus primeros actos debía ser la elección de presidente y vicepresidente interinos. Los partidos se aprestaban á la lucha: el *moderado* había sacado sus candidatos de su seno mismo, mientras el *puro* que no se juzgó capaz de adquirir el triunfo por sus propios esfuerzos, tuvo que adoptar á Santa-Anna como candidato para la presidencia, olvidando sus recientes inconsecuencias, con el objeto de sacar para la vicepresidencia á D. Valentín Gómez Farías. Aquella había sido una verdadera transacción, que consistía en que Santa-Anna quedase mandando el ejército, para que Farías entrase al ejercicio del poder. La elección se decidió al fin por los *puros*, y Salas cedió el puesto á Farías, quien entró á funcionar como vicepresidente el 24 de Diciembre, por ausencia de Santa-Anna, declarado presidente interino. El ejército de S. Luis resintió en el acto las consecuencias de este cambio. Los recursos comenzaron á faltarle de tal manera, que el mes de Enero no fué ya cubierto su presupuesto como lo había sido en los dos meses anteriores. Si Farías, menos empeñado en querer hacer triunfar sus ideas y las de su partido, con el pretexto de la guerra, se hubiera dedicado á procurarse recursos por otros medios que hubieran chocado menos con las preocupaciones y

los intereses particulares, que el que se puso en práctica echándose sobre los bienes del clero, el ejército no se hubiera visto abandonado, ni su general en jefe obligado á echarse sobre setenta barras de plata, propiedad de particulares, para proveer al ejército que peleó en la Angostura.

En este tiempo, Enero y Febrero, la prensa de oposición de la capital levantó el grito contra el general en jefe del ejército de San Luis, atribuyendo, ora á negligencia y poco deseo de hacer la campaña, ora á miras siniestras, la inacción aparente de las fuerzas que tenía á sus órdenes: increpaba diariamente á su caudillo, suponiéndole proyectos que solo el espíritu de partido podía inventar. Este encarnizamiento, que otro general más experto hubiera despreciado si era cierto que juzgaba la inmovilidad conveniente ó necesaria, exasperó á Santa-Anna hasta el grado de disponer en una orden general la marcha del ejército, cuando eran ningunos los recursos con que contaba. Así es que éste salió de San Luis para la Angostura, escaso de víveres y armas, en los momentos mismos en que el enemigo cambiaba su base de operaciones. El resultado de esta precipitación ya se verá en el éxito de la batalla de la Angostura.

Al terminar este artículo, publicamos un estado por el que se podrá formar una idea exacta del personal y material con que llegó á contar el ejército formado en San Luis.

El general Santa-Anna después de una permanencia de más de tres meses en S. Luis, determinó salir en busca del enemigo, que había avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolución, expidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitación consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habían salido hasta entonces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde antes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una á las órdenes del general Torrejón, se encontraba en Bocas; otra del general Juvera, estaba en el Venado; la tercera, de que era jefe el general Andrade, había permanecido algún tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnación; y la cuarta, que mandaba el general Miñón, después de haber sorprendido en la misma Encarnación un destacamento de más de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.

El movimiento del ejército empezó el 28 de Enero, día en que salió toda la artillería y el material de guerra, acompañada del batallón de Zapadores y de la compañía de San Patricio. El 29 la siguió la división del general Pacheco, denominada primera; el 30 la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31, la tercera, á las órdenes del general Ortega. El cuartel general dejó á San Luis el 2 de Febrero.

Triste era el aspecto que presentaba la ciudad, formando contraste el silencio y soledad en que entonces quedó, con el bullicio, la algazara, el gentío, la animación de los días anteriores. La población había recibido en su seno, á más del número crecidísimo de militares que allí se había reunido de varias partes, á las familias de muchos de ellos; y aunque no todas abandonaron la ciudad cuando salió el ejército, sí lo acompañaron algunas en seguimiento de los diez y ocho mil hombres de que en aquella época se componía, y cuya falta hubiera sido suficiente por sí sola para dar á San Luis la apariencia de una ciudad que se encuentra de pronto sin una parte considerable de sus habitantes.

La infantería, caminando en el orden que hemos señalado, hizo las jornadas siguientes: al Pañasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna seca, Solís, y la Presa. Los padecimientos del ejército empezaron

desde los primeros días de su salida. La división de Ortega dejó en la Hedionda tres muertos de frío, número que, aunque imperceptible, por decirlo así, era ya un indicante de lo que se sufriría del rigor de la estación. También cansados quedaron ya bastantes soldados al cabo de algunos días de camino; pero estos sufrimientos nacientes no alteraban la decisión con que las tropas iban al encuentro del enemigo. Su entusiasmo se aumentó al encontrar primero en Bocas, y luego en el Venado, las dos secciones en que venían los americanos capturados por el general Miñón. La presencia de aquellos enemigos vencidos era un suceso de feliz agüero: parecía un pronóstico que anunciaba que la misma suerte correría el ejército entero del general Taylor.

El 3 de Febrero comenzó á soplar un recio norte, que continuó todo el día; cayó una ligera lluvia, y se sintió un frío bastante rigoroso. El 4 siguió el temporal: la lluvia no cesaba: el frío llegó á ser glacial: la tropa resentía ya de una manera notable los estragos de la mala estación. La división de Ortega pasó estos dos días en el Venado; la de Pacheco, en Solís; la de Lombardini, en Laguna seca. Esta hacienda, compuesta de un corto número de jacales, no podía alojar á los cinco mil soldados que habían llegado allí. En cada jacal se habían metido tantos, que casi no podían moverse. Privados de lumbre para calentar sus miembros entumecidos, procuraban comunicarse calor mutuamente con el contacto de sus cuerpos, con el vaho, con la fricción de las partes en que más impresión hacía el frío.

Por fortuna el 5 el tiempo cambió. Dispósese la niebla: las nubes se rasgaron: el sol resplandeció radiante y magnífico, derramando su luz y su calor tan apetecidos, vivificando la naturaleza entera, volviendo á la vida al sufrido ejército, que sentía reanimar sus fuerzas y renacer su contento y su buen humor. Pero á pocas horas el alivio se convirtió en sufrimiento de otra especie: el calor se hizo tan insoportable como lo había sido el frío los días anteriores: los rayos abrasadores del astro del día sofocaban á los soldados, que en vano buscaban una sombra benéfica en aquellos campos, donde sólo se encuentran, á grandes distancias, uno que otro grupo de palmas aisladas y mustias en medio del desierto. No había tampoco en el camino agua con que apagar la sed; y se veía aún lejano el término de una jornada en que tanto sufrían no sólo los soldados, sino las mujeres que los seguían, muertas de cansancio y cargando á sus desfallecidos hijuelos.

Los padecimientos de las tropas decidieron al general en jefe á mandar que las divisiones descansasen un día en Matehuala, continuando al siguiente su camino. Aquel respiro era necesario para proporcionar algún lenitivo á los males que ya entonces se sufrían, y que eran, sin embargo, nada en comparación de los posteriores.

En Matehuala se reunió al ejército la brigada del general Parrodi, compuesta de mil hombres, la que formó desde entonces parte de la división de Ortega.

Hasta el 10 no hubo otra cosa particular de que deba hacerse mención; pero ese día volvió á soplar el norte. El cielo se cubrió de nubes negras, que interceptaron los rayos del sol, anunciando un fuerte aguacero, que no tardó en caer: el viento azotaba con furia el rostro, y la arena que levantaba ofuscaba la vista.

Cuando el temporal empezó, la primera división estaba en marcha de las Animas para el Salado, y fué la que menos sufrió. La segunda se hallaba en el Cedral; y considerando el general Lombardini los estragos que padecería si se continuaba la marcha, dispuso descansar allí un día. La división de Ortega, ó tercera, que ignorante de esta detención salió de Matehuala, se encontró con que el Cedral estaba ocupado, y por orden superior contramarchó al mismo Matehuala, haciendo así la jornada doble con aquel tiempo insufrible. Su tránsito quedó regado de enfermos y cansados.

El general Santa-Anna, informado de la permanencia en el Cedral de la división de Lombardini, se irritó fuertemente contra este jefe, y le dió orden para que marchara á las Animas, lo que verificó el día siguiente.

El 11 se desató el norte completamente: siguió la lluvia: el agua, congelándose en la atmósfera, produciendo una sensación de frío dolorosísima, convirtió en poco tiempo la yerba del campo en una alfombra blanca en que se resbalaba el pie. El frío era tan intenso, que las partes descubiertas del cuerpo dejaban de sentirse; y paralizada la circulación de la sangre, los infelices soldados desfallecían, y muchos exhalaban el último aliento. Horroroso era el espectáculo de tantas desgracias: las infortunadas víctimas infundían lástima, al verlas perder infructuosamente una vida que hubiera debido tener un término más noble en la lucha gloriosa contra el enemigo exterior.

En la noche acampó la división de Lombardini en las Animas: sus males llegaron á ser verdaderamente intolerables; se dormía al vivac: se veía á los soldados en medio de la llanura, al rededor de una que otra fogata, que era cuanto permitía la escasez de leña, agrupándose todos cerca del fuego, disputándose como el mayor de los bienes un lugar que les permitiera gozar de su calor apetecido. Solía también presentarse algún pastor que traía á sus ovejas medio muertas de frío, y que procuraba reanimarlas acercándolas á la lumbre.

La absoluta falta de recursos en las Animas obligó al general Santa-Anna á mandar á Lombardini que hiciera contramarchar á la división el 12 á Vanegas, hacienda en que había lo necesario para la tropa.

Entre tanto la de Ortega había vuelto á salir de Matehuala para el Cedral, en donde pernoctó: la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose reunido desde antes las brigadas de Torrejón y Juvera, que habían dejado pasar por delante á todas las divisiones, y que marcharon desde entonces á una jornada de retaguardia de la infantería. El cuartel general, que había llegado también á las Animas, encontró este rancho enteramente ocupado por las tropas, y tuvo que contramarchar á Vanegas.

El 13 comenzó á variar el tiempo: aunque todo el día estuvo nublado y lloviznando, no nevó tanto como los anteriores: el frío disminuyó notablemente. Sin embargo, el desaliento se aumentaba con justicia: el número de muertos había sido crecido: en las filas habían quedado claros enteros, como los que dejan en una batalla las balas del cañón de las baterías enemigas. Y el mal no se limitaba á sólo personas: el parque, mojándose, se ponía inservible: las armas se enmohecían: los zapatos se achicharraban, oprimiendo la piel y destruyéndola, y luego se rompían é inutilizaban.

El día 14 se continuó la marcha, aumentándose el número de enfermos, y no disminuyendo el de muertos. Se recibió correo de México, en que venían los primeros anuncios de la revolución que estalló luego. El ejército recibió con placer, en medio del desierto, las cartas que á cada uno dirigían su familia, sus amigos, las personas todas con quienes lo ligaba el cariño. Las leían con avidez: aquella era la última vez que debían tener noticias de cuanto amaban, antes de la batalla que se iba á dar; y teniendo á la vista la perspectiva de una muerte probable, las consideraban como una tierna despedida. Muchos, en efecto, sucumbieron en el combate, dejando sin respuesta aquellas cartas queridas; pero si su pérdida fué una justa causa de aflicción, su nombre, ensalzado por la gloria, debe ser un lenitivo y un consuelo.

El sol, oculto desde el 10, apareció de nuevo, trayendo consigo la esperanza y el remedio de los sufrimientos experimentados en su ausencia. Es necesario haber pasado tres días en el desierto, entre una niebla densa, cayendo un fuerte aguacero, sin abrigo, con frío, careciendo de medios de calentarse, para comprender lo que